

Dos lujosas pálidas.

Dos elegantes manteles para el púlpito, y uno muy decente para el altar.

Un librero de cedro para los libros del Archivo de esta parroquia.

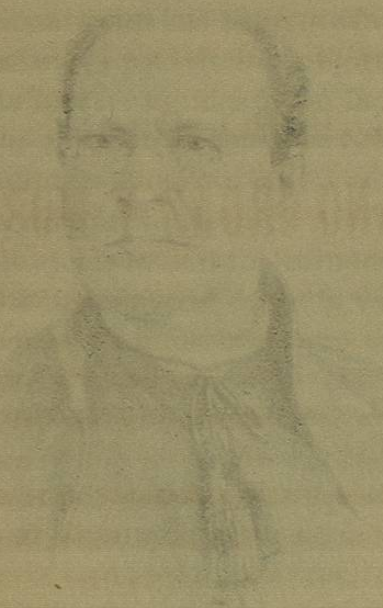
Cuerdo en todos sus actos y afable con todos cuantos le tratan, es uno de los mejores pastores con que cuenta la Iglesia mexicana en la presente época.

Con sus saludables consejos fortifica el espíritu de todos los que se acercan á él á confiarle sus cuitas y en busca de consuelo.

Que el ejemplo de tan eminente soldado de Cristo, sirva á los herejes como prueba de que sus versiones sobre los miembros que forman el Clero Católico, son absurdas, falsas y calumniosas!



SR. PRESB. D. JOSÉ M^a ORDAZ Y MORALES,
(PUEBLA.)



SR. PBR. D. JOSE M. ORDAZ Y MORALES

Las enfermedades del alma son infinitamente más
raras que las enfermedades del cuerpo. Estas últimas
dolores agudos que terminan con la muerte; estas
las son causa del entorpecimiento o absorción del espí-
ritu, que hacen al hombre insensible, inconsciente
é inútil para con sus semejantes.
La fe es la joya de más valor que puede poseer el
sér humano.

SR. PBR. D.

J. M. DONACIANO ORDAZ Y MORALES

CURA PARROCO DE S. MARCOS, PUEBLA.

LA Religión Católica es, pese á sus detractores, una
necesidad espiritual.

Necesidad tanto más urgente, cuanto que el hom-
bre no puede existir si no cree, porque la fe es para
el alma, lo que el oxígeno para el cuerpo.

Si el oxígeno nos faltase alguna vez, moriríamos
sin remedio.

Al sér que le falta la fe, puede considerársele co-
mo un cadáver insepulto, que anda, habla y se mue-
ve automáticamente, pero cuya existencia no tiene
ninguna significación para los demás séres.

El ateo, el misántropo, el incrédulo, el estóico; so-
lamente pueden ser comparados con una flor parási-
ta, cuyo color es vivo y hermoso, pero cuyo cáliz no
guarda en sí perfumes suaves; y si por acaso los guar-
da, al aspirarlos matan ó aniquilan.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Las enfermedades del alma son infinitamente mayores á las enfermedades del cuerpo. Estas originan dolores agudos que terminan con la muerte; aquellas son causa del enfriamiento ó absorción del espíritu, que hacen al hombre insensible, inconsecuente é inútil para con sus semejantes.

La fe es la joya de más valor que puede poseer el sér humano.

El hombre que ha perdido ese tesoro tan preciado, no puede considerarse feliz.

La fe alimenta y fortifica el alma, y sin ella los entes no pueden pasar á la categoría de séres.

La conciencia es el estuche de la fe; la conciencia que no alberga en sí esa virtud, puede considerársele como un arca vacía.

¡Infeliz de la humanidad si la fe sacrosanta no existiera!

Por eso la impiedad es impotente, porque no tiene razonamientos que sobreponer á las lógicas doctrinas de los creyentes.

Y desde que el mundo fué creado por Dios, el hombre ha tenido por divisa el emblema de la Religión.

Aunque con diferentes ceremonias, y bajo diferentes aspectos, el hombre siempre ha tenido la convicción de la existencia de un Sér superior, y se ha congregado para adorarle.

Aun entre las antiguas y modernas tribus de los salvajes ha existido esa tendencia y predomina hasta el presente; siendo este el origen de que se forjen mitos más ó menos perfectos, segun sea el grado de perfeccionamiento, instrucción é ilustración á que

hayan llegado, que ellos mismos modelan y levantan en sus altares y ofrecen holocaustos, y que, segun sus teorías, son la imagen de Dios sobre la tierra.

La fe los anima, y cuando no tienen la oportunidad de encontrar quien perfeccione sus creencias, la fe los salva.

Porque el mismo Hijo de Dios lo dijo muchas veces: "El que crea en mí, vivirá eternamente. El que dude de mis doctrinas, morirá para siempre."

Esto quiere decir, que el que tuviera convicción en su alma, de lo grande y bueno que es Dios, gozaria de los frutos de la Sabiduría divina; pero aquel que no pudiendo descifrar lo incomprendible, lo que no se ha hecho para la humana razón, desbarrara en sus convicciones, sería ciego é ignorante y su cerebro no podria ser habitado por el divino Espíritu.

Así, pues, si la Religión es la base principal de la ciencia, debe ser la base, por igual razón, de la felicidad y la palanca que impulse á los pueblos hácia el progreso.

"La gloria será para el que crea," ha dicho un insigne filósofo del Cristianismo; y en efecto, los hombres que han sido verdaderos creyentes han dejado su nombre escrito con letras de diamante en el libro de la Inmortalidad; así como los pueblos que fueron y son todavía grandes creyentes, han conseguido ocupar un lugar distinguido en el catálogo de las naciones más cultas, ilustradas y progresistas.

Aquí tenemos á España que, en las cumbres de Covadonga, albergó á los últimos hijos, patriotas y creyentes, que le quedaron, los que teniendo á la cabeza

al gran Pelayo, tremolaron el estandarte de la Cruz, derrotaron á las compactas tribus agarenas y conquistaron la patria.

Ahí tenemos á Francia, deslumbrante y enriquecida en exceso, bajo el glorioso reinado de San Luis.

Ahí vemos á Roma, la Ciudad Santa, erguirse serena y prominente, descollando de entre todas las naciones y en cuyo bendecido suelo se asienta el sáculo del Vicario de Jesucristo sobre la tierra.

Y México, nuestra adorada patria, que fué libertada por la turba de indios indefensos, pero llenos de fe, que pelearon bajo el invencible estandarte en cuyo centro se encuentra grabada la Virgen Santa de Guadalupe.

Fijemos nuestra vista por doquier y convenzámolos de que todo pueblo en que se halla implantada una religión, y principalmente la Religión del Crucificado, se levanta á impulso de una fuerza misteriosa, y el aliento del progreso lo impulsa por un sendero florido y sin escollos.

Cristo murió en la Cruz por redimirnos de la maldición que pesaba sobre el género humano, y que fué fulminada por el Eterno á nuestros primeros padres en castigo de su desobediencia.

Cristo vino al mundo en medio de la mayor pobreza, y predicó durante su vida la Igualdad, la Caridad, la Humildad, el desprecio á los bienes temporales, el amor al prójimo y tantas otras virtudes que son el joyel del alma de los justos.

Cristo combatió el fanatismo de aquellos tiempos, arrancó la careta á los hipócritas, mostró la gangre.

na que corroía los senos de las sociedades, y alentó con su ejemplo á las turbas que le seguían por todas partes.

Luego la Religión de Cristo es la verdadera, por ser la más pura, la más sábia, la más humanitaria y la más sublime.

La Religión de Cristo supo sobreponerse á otras mil religiones que predominaban por entónces; es innegable, pues, que la Religión Cristiana es la única que predomina.

Los mortales no somos unos necios y siempre acogemos con más ahinco lo que creemos más factible.

La razón nos guía siempre en todas nuestras acciones, y necesitamos estar dementes para escoger lo malo, teniendo al alcance nuestro lo mejor.

Y puesto que á la Religión Cristiana la hemos escogido de entre infinidad de religiones, dándole la preferencia sobre las demás, es evidente que es la mejor que se ha presentado á nuestro espíritu.

La que da más consuelos, la que presta más garantías, la que infunde más valor al alma y, en fin, la que nos presenta en perspectiva más halagiteño el porvenir.

Y si, como decíamos al principio y ahora confirmamos, la religión es una necesidad espiritual, la Religión Cristiana, reputada y admitida como la verdadera, debe ser la que llene el cometido de fortalecer nuestro sér.

Uno de los principales contingentes que tiene el Catolicismo para llenar, como es debido, su misión, es la bondad de sus Ministros ó representantes, mo-

delos, en su generalidad, de virtud, de cordura, de resignación y de modestia.

Desde los primeros tiempos los paladines de la Religión Cristiana han dado pruebas de un temple de espíritu superior, de una fuerza de voluntad á toda prueba, de una resignación suprema y de una virtud sin tacha, todo lo cual revela que una potestad superior, que una potestad oculta, la que alguna vez dijo: "*Fiat lux*," y fué la luz hecha, ha velado y velará siempre sobre la existencia de la fe que anima á sus apóstoles. Religión única que ha podido presentar ante la faz del Universo diez y ocho millones de seres que sufrieron el martirio ántes que desistir de sus creencias benditas.

A la presente la antorcha del Progreso, la luz de la civilización, iluminan el sendero del Catolicismo, y la Paz lo riega de mirtos y rosas de una fragancia exquisita.

Han sido reducidos á polvo, por el transecurso de los siglos, los circos romanos, en donde las bárbaras turbas se ponían frenéticas de gozo al ver á las fieras devorar furiosas á los hombres que confesaban la fe de Cristo.

Se han apagado ya las hogueras del paganismo en donde eran convertidos en cenizas los creyentes.

Se han extinguido los suplicios mil y mil en que expiaban con su vida el delito de confesar la existencia de un Dios único, infinito, omnipotente.

Ahora sólo la baba de la calumnia circula por todas las venas de la sociedad, pretendiendo envenenar los corazones de las gentes incautas, y manchar

las reputaciones de los fidedignos Ministros de Dios sobre la tierra; pero en vano, no lo conseguirá mientras existan sostenedores de la Religión Católica del temple de nuestro biografiado.

Los dardos punzantes de la difamación retrocederán impotentes al tocar con sus agudas puntas la incorruptible barrera de la virtud y del buen ejemplo de los Ministros de Jesucristo.

D. José María Donaciano Ordaz y Morales nació en Puebla, el primer viernes del mes de Septiembre, fecha 6 del año de 1839.

Sus padres fueron los cristianos y virtuosos católicos D. Juan Francisco Ordaz y D.^{ña} Rosario Morales, quienes con su buen ejemplo y sanos consejos educaron al niño, inculcándole desde su más tierna edad el santo temor á Dios.

La instrucción primaria la recibió en su hogar, bajo la dirección de un tío paterno suyo, artista muy aventajado en la miniatura y grabado en lámina de cobre y discípulo del gran D. José Manso, cuya reputación es indiscutible. El nombre de ese apreciable señor, bajo cuyos auspicios obtuvo el niño José Donaciano los primeros rudimentos de instrucción, era Juan de Dios Ordaz, nombre que recuerda con gratitud por ser su primer guía en la escabrosa senda del estudio y del saber.

Desde muy niño quiso Dios infundir en su alma su vocación al sacerdocio, lo que hizo que atendiendo á sus instancias, á la edad de nueve años le hubiesen concedido sus padres emprender sus estudios

de gramática latina en el Seminario Palafoxiano.

Esto pasaba por el año de 1849.

Fueron sus profesores de primer año el Sr. D. J. Zeferino Cañete, hoy Canónigo, y de los dos restantes D. José Ignacio Ortega, siendo calificado en sus exámenes con la mejor calificación que ántes se usaba, lo cual pone de manifiesto que á su grande aplicación adunaba un talento nada vulgar.

Abrió curso de Filosofía el año de 1851 con el muy ameritado Sr. D. Juan de Dios Flores, mereciendo ser considerado para sustentar las Conferencias principales en el primero y tercer año, y en los tres exámenes obtuvo una calificación suprema en premio de su afán y sus desvelos.

El año de 1854 comenzó sus estudios superiores, y tuvo como catedrático de Teología al sabio filósofo y distinguido teólogo D. Fulgencio Lozada, Presbítero y Licenciado, recibiendo en ese año el premio de una beca de merced, y en el exámen, honorífica calificación. Esta fué mejorada en los exámenes de segundo y tercer año, que cursó bajo la dirección del Sr. Canónigo Cañete.

En el tercer año suplió, por corto tiempo, varias cátedras por ausencia perentoria de algunos señores profesores, lo que demuestra la superioridad que tenía sobre sus demás compañeros por lo estudioso y dedicado que era.

El cuarto año, último entónces de sus estudios eclesiásticos, fué favorecido con el cargo de bibliotecario y algunos otros especiales.

En su exámen presentó una abundante "Exten-

sión," siendo calificado con la suprema calificación y digno de "Acta," que no sustentó por circunstancias excepcionales.

Negocios particulares entre su familia lo obligaron á no emprender la carrera mayor, sino comenzar á recibir las órdenes sagradas, presentándose á ellas el año de 1860, recibiendo en su primer sínodo la aprobación para el sacerdocio; pero no contando entónces sino con la edad de veintiun años, sólo fué ordenado de Subdiácono por el Ilmo. Sr. D. Joaquin Madrid, Obispo *in partibus* de Tenagra, el 21 de Septiembre.

En esa época comenzó á predicar con especial licencia del Sr. Gobernador de la Sagrada Mitra, Canónigo D. Francisco Irigollen.

En 1863, después de sufrir la diócesis Angelopolitana tres años de orfandad, llegó á ella el primer Obispo, Ilmo. Sr. D. Francisco de la Concepción Ramirez, Obispo *in partibus* de Caradro, quien tomó particular empeño en que el jóven sacerdote D. J. M. Donaciano Ordaz y Morales obtuviese hasta el presbiterado.

Recibió, pues, el Diaconado en el templo del Colegio de Niñas de la Capital el 25 de Julio, y al día siguiente el Presbiterado en el templo de San Fernando, siendo de notarse la circunstancia de haberse ordenado ese día cuarenta sacerdotes de todas las diócesis y sólo él de la Angelopolitana.

El mes de Septiembre del mismo año de 1863 fué nombrado Capellán segundo del hospital de San Pedro. Entónces, estando bajo el patronato del Vene-

rablé Cabildo Eclesiástico, estableció allí un plan de instrucción para los pobres enfermos, predicándoles los domingos y juéves, el primer día, el Santo Evangelio y el segundo, explicación de la doctrina cristiana, lo cual dió ópimos frutos.

Sirvió ese destino cerca de dos años y en ese tiempo predicó cinco panegíricos en la Santa Iglesia Catedral, varios de grande compromiso en distintos templos de la Capital, algunos de ellos con solo horas de término.

Fundó el Mes de María en el templo de San Pedro y San Cristóbal, con especial protección de las benéficas Hijas de San Vicente de Paul. Fundó también con el auxilio de un santo compañero suyo, la grandiosa obra de la Santa Infancia, desconocida por entonces en la República. Fundó una Conferencia de Caridad, bajo la advocación del Inmaculado Corazón de María, y cooperó cuanto pudo por la instalación del Consejo Diocesano para las conferencias, que no vió instalarse por haber comenzado su carrera de Cura.

Fué nombrado en ese bienio Secretario de la Obra de la Santa Infancia y en comisión para formar su reglamento, que mereció la aprobación y aplauso del Ilmo. Sr. Presidente, Tesorero de la Venerable Congregación de Nuestro Padre San Pedro.

El 26 de Julio de 1865 fué nombrado Cura encargado de la parroquia de Santo Tomás Hueyotlipam; con el mismo carácter sirvió la del Palmar hasta 1868, año en que por oposición al concurso obtuvo el título de Cura propio de la parroquia de San Juan Bau-

tista Ixtenco, de donde por permuta fué trasladado sucesivamente á las de Tepanco y la Cañada.

En el Concurso de 1871 obtuvo la parroquia de San Lorenzo Cuapixtla, considerada de primera clase. De igual manera pasó á la de San Salvador el Verde en 1877, entónces parroquia muy ambicionada, y entre un gran número de concursantes, pidiendo dicha parroquia diez y ocho de ellos.

En 1879 el Ilmo. Sr. Vereá se dignó comisionarlo para que pasase á la Foranía de Tlaxcala, para arreglar el Archivo de la parroquia, formar su estadística y un plan de arbitrios para el mejor gobierno de ella.

Concluida tan honrosa comisión, hizo su Señoría Ilustrísima que hubiese permutado la parroquia de San Salvador por la Foranía de Tehuacán, la que sirvió diez años, hasta 1889 en que fué llamado por la Superioridad para servir de interino de la de San Márcos, de Puebla, cuyo título obtuvo el 12 de Mayo de 1891.

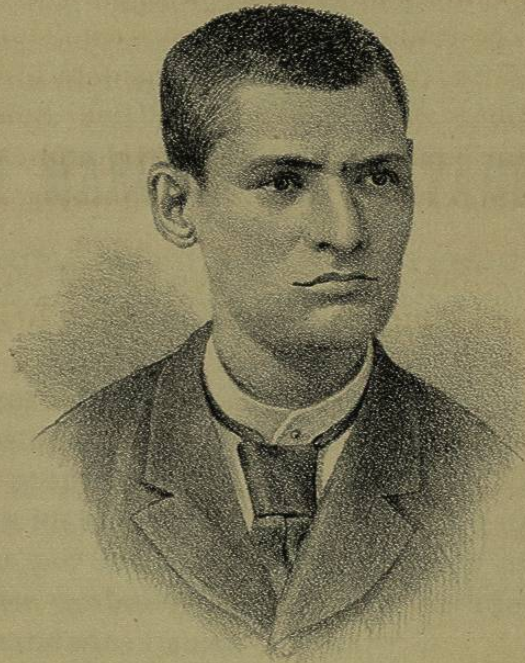
En la Santa Iglesia Catedral de esa Capital, ha predicado todos los panegíricos de Tabla, como el de N. P. S. Pedro, el de fin del mes de María, la Santísima Trinidad y casi todos los de las restantes festividades, lo mismo que en las celebradas en los demás templos, sin exceptuar una sola, mereciendo el honor de que varios de esos panegíricos hayan sido aplaudidos por la prensa y hasta publicados por ella.

Con convicción podemos asegurar también, que no ha pasado por ninguna parroquia de las que ha servido, sin dejar notables recuerdos por las mejoras

que en ellas ha verificado, pero muy particularmente en las de Cuapixtla y Tehuacán, pues en la primera casi reedificó la parroquia de su propio peculio, y en la última reedificó la torre y mandó dorar todos los colaterales, con ayuda del vecindario, pero invirtiendo regulares sumas de su haber.

Ha sido honrado con distinguidas comisiones de la Sagrada Mitra, como la de ser considerado Sinodal, y últimamente es Redactor en jefe del "Boletín Angelopolitano" que hace un año se está publicando con la constante recomendación de todo nuestro dignísimo Clero.

Con paladines tan esforzados ¿podrá ser minada por los herejes nuestra Santa y sublime Religión?



SR. PRESB. D. MARCIANO L. ALVAREZ,
CURA DE CHENÁ. (N. LEÓN.)